

¿Pero son esos realmente los ignorantes pescadores del lago de Tiberiades?—Seguramente que sí; ¿y cómo dudarlo, cuando los judíos y los filósofos paganos que más vivamente declamaron contra el Evangelio, nunca lo han contradicho?—Pero si son ellos, ¿fué acaso en sus barcas y en sus redes donde hallaron lo que no habrían hallado en los libros más hermosos de Grecia y de Roma?—Eso sería un absurdo.—Además, ¿podían engañarse á sí mismos sobre su ciencia, creyendo, por ejemplo, hablar lenguas que no hablaban?—Otro absurdo.—¿Podían engañar sobre el particular á sus oyentes?—Nuevo absurdo.—Luego se efectuó en ellos un cambio contrario á todas las leyes de la naturaleza; si, un milagro, un gran milagro: luego la ciencia les vino del cielo, y aun cuando la historia más auténtica, al atestiguarlos esa ciencia no nos atestiguara también el hecho divino que la produjo, la razón dice suficientemente que no pudo tener otro origen (1).

¿Cómo, además, si el origen no hubiese sido divino, hubieran podido los apóstoles comunicar el don de lenguas á sus prosélitos?... Pues es un hecho incontestable que ellos los enriquecieron súbitamente con ese don milagroso, y multiplicaron esos prodigios vivos en los diversos países que evangelizaban, y en las clases menos ilustradas. Prescindiendo de lo que nos refiere el libro de las *Actas* (2), tenemos ahí la Epístola de San Pablo á los Corintios, cuyo original nos asegura Tertuliano que existía en su tiempo (3), y en la que el apóstol les habla repetidas veces de ese mila-

(1) Es un hecho histórico confesado por todos, que los pescadores de Tiberiades no conocían más que su lengua materna; que, sin embargo, predicaron la palabra evangélica con éxito pronto y brillante á una multitud de pueblos de idiomas diferentes, y sin valerse de intérpretes, que no hubieran sido por otra parte más que un medio casi nulo, y en todo caso *excesivamente lento*. Ahora bien: ó se hablan muchas lenguas, ó no: no cabe medio: se oyen hablar ó no. Luego aquí era imposible toda ilusión, todo charlatanismo: de lo que se infiere irremisiblemente que los apóstoles, por necesidad, hablaron milagrosamente muchas lenguas.

(2) *Actas*, X, 45, 46; XIX, 6.

(3) *De Præscript.*, XXXVI.

gro que se operaba entre ellos diariamente (1). Sólo un insensato, y el más extravagante de los insensatos hubiera podido poner así por testigos á los habitantes de Corinto, si el hecho no hubiese sido evidente como la luz del día; y San Pablo era, por confesión unánime, una de las cabezas más fuertes y mejor organizadas de su época.

Hechos divinos de ciencia, segunda causa que explica el establecimiento del cristianismo, humanamente imposible: hechos divinos de celo, tercera causa de ese fenómeno sobrenatural. ¿Qué eran los apóstoles antes de su predicación? Hombres medrosos, tímidos, débiles, cobardes (á pesar de sus protestas unánimes de fidelidad inmutable), hasta el punto de abandonar á su Maestro á la primera señal de peligro. Pero luego que principian á usar de la palabra, por un cambio súbito y verdaderamente inaudito, los corazones medrosos se sienten resueltos; los corazones débiles, enérgicos; los corazones cobardes, valerosos hasta rayar en heroísmo. Véase en Jerusalén: allí son llamados á la barra del senado de la nación; se les interroga, y se les pide cuenta del gran milagro hecho con el cojo que mendigaba á la puerta del templo; y ellos contestan con una calma y una firmeza admirables, con una nobleza de sentimientos verdaderamente sublime: «Una vez que nos obligais á justificarnos hoy de haber hecho una buena acción, curando á un hombre impedido, sabed vosotros todos, y todo el pueblo de Israel, que ha sido curado en nombre de nuestro Señor Jesucristo de Nazareth, á quien habeis crucificado, y á quien Dios resucitó de entre los muertos: por él es por quien ese hombre está ahí ya sano en vuestra presencia (2).» ¿Y quién es el que habla de ese modo?... ¡Ah! el pobre Pedro, que ayer todavía, temblando de miedo, cuando sospechaba una mujer que era un discípulo de Jesús, no sabía más que repetir con juramento esta desleal y mentirosa denegación: «No conozco á ese

(1) I Cor., XII, 10, 28, 30; XIII, 8; XIV, 2, 5, 9, 22, 26, 27, 39.

(2) *Actas*, IV, 9, 10.

hombre (1).» No fué seguramente en sí propio donde halló aquel magnífico y elocuente valor.

«En vista de la firmeza de Pedro y de Juan, conocidos por hombres sin instruccion y toscos, los miembros de la asamblea se quedan atónitos: no teniendo, por otra parte, nada que replicar ante el cojo que habia sido curado, y que se hallaba de pié con los apóstoles, prohíben á estos que digan ni enseñen cosa alguna en nombre de Jesus. Pero Pedro y Juan responden: *Juzgad vosotros mismos si es justo ante Dios obedeceros á vosotros antes que á Dios. Lo que hemos visto y hemos oido no podemos dejar de decirlo* (2).» ¡Qué feliz mezcla de moderacion y de firmeza!... Por temor al pueblo se contentan con despedirlos con amenazas: ellos van á buscar á sus hermanos, invocan todos con voz unánime el brazo del Todopoderoso por el nombre de Jesus su hijo, y terminada su oracion, continúan «la predicacion de la palabra de Dios con entereza (3), y dan testimonio de la resurreccion de Jesucristo con la mayor energia (4). Los milagros se multiplican, y la multitud de creyentes, así en hombres como en mujeres, se aumenta mas y mas (5).» Entonces el gran sacerdote reune de nuevo el consejo y á todos los ancianos del pueblo, y hace conducir á su presencia á los apóstoles por los guardias del templo. Por una parte reconvenciones mas violentas: por la otra la misma calma, la misma moderacion, la misma energia, la misma respuesta: «*Hay que obedecer á Dios antes que á los hombres. El Dios de nuestros padres ha resucitado á Jesus á quien habeis hecho morir en una cruz. Ese es el jefe y el Salvador que Dios suscitó por su poder para dar á Israel la penitencia y la remision de los pecados. Nosotros somos los testigos de ello* y el Espiritu Santo lo es

(1) San Mateo, XXVI, 74.

(2) Actas, IV, 13, 14, 18, 19, 20.

(3) *Idem*, IV, 31.

(4) *Idem*, IV, 33.

(5) *Idem*, V, 12, 14.

tambien, el que Dios ha dado á todos los que le obedecen (1).» Sus jueces apasionados, confundidos con estas palabras, recurren á la violencia, última razon de los que no tienen á favor suyo la verdad, y los hacen azotar como á esclavos insolentes y rebeldes. Los despiden en seguida y los apóstoles se van *celebrando que los hallen dignos de sufrir el ultraje por el nombre de Jesus, y no cesan de predicar todos los dias anunciando á Jesucristo en el templo y en las casas* (2)... En seguida se esparcen por el mundo, se aislan unos de otros, y entregado cada cual á su propio corazon, alejados de los estímulos de la amistad ó del ejemplo, hacen una *carrera de gigante* (3). En todas partes son fieles así mismos: ninguno de ellos se desmiente en los mil obstáculos que vienen á cerrarles el paso: todos los superan y los vencen. Llenos de fé y de amor, de un amor inmenso hácia los hombres, ninguno desmaya ante los peligros de los mares, ni ante los de la tierra; ninguno, ni en las cadenas, ni en los calabozos, ni en presencia de los jueces, de los tormentos, del fuego, de las hachas, de las cruces; y lo que no es menos prodigioso, comunican ese valor y esa firmeza inalterable á sus discípulos, y estos á los suyos, de suerte que el heroismo se propaga en el mundo con el Evangelio; en todos los reinos, en todas las provincias, en todas las ciudades, en todas las edades, en todos los sexos, en todas las clases (4).

¿Y eso puede ser obra del hombre?... ¿Tiene este en su mano hacerse héroe y crear héroes á su voluntad?... No, y ni aun de siglo en siglo los concede Dios al mundo. El celo de los apóstoles, atendiendo á su carácter débil bien conocido, fué un verdadero milagro de heroismo, y produjo en todas partes héroes á millares: de consiguiente, no fué humano sino que venia de arriba, *ex alto*, segun la

(1) *Idem*, V, 29, 30, 31, 32.

(2) *Idem*, V, 41, 42.

(3) *Idem*, IV, 33.

(4) Véase el capítulo siguiente.

promesa de Jesús (1); y con esta sola palabra todo se comprende respecto de ese fenómeno, como sin ella, todo se halla en contradicción con la experiencia universal mas constante.

Y nótese cómo ese celo, sobrehumano en su principio y en sus efectos, lo es también en su fin. ¿Cuál era el objeto de los apóstoles? ¿Las riquezas? No: viven pobres y trabajan con sus manos para sustentarse y procurarse con que aliviar la miseria del prójimo (2). ¿Los placeres? ¡Buenos placeres! los de la paciencia, las fatigas, las privaciones, los oprobios, las persecuciones, y si se quiere, los de las cadenas, los suplicios y la muerte (3)! ¿La gloria? Jamás se la atribuyen á sí mismos (4): *nunca se glorian mas que en Jesús y en Jesús crucificado* (5). Sin hacer alto en lo que piensan ó dicen de ellos, caminan siempre con paso seguro á donde Dios les llama. En el heroísmo humano hay con sobrada frecuencia algo que revela el orgullo del actor detras de la virtud del hombre: aquí todo es sencillo, sin preparacion: su heroísmo no se para á mirarse á sí propio, sino que va derecho al fin marcado por las miradas de Dios, sin pensar en sí, ni curarse de las vanas miradas de los hombres. Dios y Dios solo, Dios solo y su gloria sola es todo lo que quieren, todo lo que codician con toda la fuerza de su ser. ¡Oh! ¡qué ambiciosos! Trabajar, sacrificarse todos los dias, sufrir y morir por Dios solo ¿se habia visto acaso nunca?... ¿Cómo pudo entrar tan elevado pensamiento en semejantes almas? ¿Y cómo pudo producir en ellas una abnegacion total del hombre, abnegacion tan contraria á todo lo que se habia visto hasta

- (1) San Lucas, XXIV, 49.
 (2) *Actas*, XX, 34, 35; II, *Cor.*, XII, 14, 17, 18.
 (3) *Actas*, XIV, 21; XX, 19, 23, 24.—*Rom.*, V, 3; VIII, 17, 18, 35, 36, 37, 38, 39.—I, *Cor.*, VI, 11, 12.—II, *Cor.*, I, 5, 8; II, 4; IV, 8, 10, 11, 12; XI, 23, 24, 25, 26, 27, 28; XII, 5, 10.—Santiago, I, 2.—I, San Pedro, II, 21; III, 14; IV, 1, 14.—*Apocal.*, I, 9.
 (4) *Thessal.*, II, 4, 6.—II, *Cor.*, XII, 5, 6; *Galat.*, I, 10.
 (5) I, *Cor.*, II, 2.—*Galat.*, IV, 14.—*Philipp.*, III, 3.

entonces, á todo lo que se agita en el fondo de la naturaleza humana desde la infancia y desde el principio del mundo?... ¡Oh! algo divino se habia infiltrado en esos hombres que hasta entonces no habian respirado mas que el aire grosero de las chozas de pescadores ó de los despachos de publicanos; ó que como Pablo no se habian alimentado sino del orgullo y el egoísmo farisaicos; indudablemente sí, algo divino que se manifestaba admirablemente en su lenguaje. Escúchese á Pedro delante de todo el pueblo de Jerusalem, maravillado de la curacion del cojo del templo: «Israelitas, ¿por qué os admirais de ese milagro, y por qué nos mirais como si hubiésemos hecho andar á ese hombre por nuestro propio mérito y nuestro poder (1)?» Escúchese á Pablo y á Bernabé en Lystra. El sacerdote del templo de Júpiter se acerca á ellos con toros y coronas, escoltado por una inmensa muchedumbre, y los toman por dioses en figura humana, porque habian hecho un gran milagro (2). ¿Qué hubieran hecho en el lugar de los apóstoles, qué hubieran hecho unos hombres cuyo celo hubiese sido humano? ¿Qué hubiera hecho Simon el mago, por ejemplo, que se dejaba llamar *la gran virtud de Dios* (3)? ¿Qué hubiera hecho Herodes que saboreaba el incienso de esta sacrilega adulacion: *No es un hombre el que habla sino un Dios* (4)? ¿No se hubieran atribuido á sí mismos el milagro?... Pero Pablo y Bernabé, desgarrando sus vestiduras por el gran dolor que les causaba el extravío de aquella ciega muchedumbre: «¿Qué vais á hacer? esclaman: nosotros no somos mas que mortales, hombres como vosotros, que os predicamos que renunciéis á esas supersticiones para convertirlos á Dios vivo, criador del cielo, de la tierra, del mar y de todo lo que en ellos se contiene (5).» De suerte que tanto en Lystra como

- (1) *Actas*, III, 12.
 (2) *Idem*, XIV, 10.
 (3) *Idem*, VIII, 9.
 (4) *Idem*, XII, 22, 23.
 (5) *Idem*, XIV, 13, 14.
 Ese celo por el verdadero Dios se pinta también admirablemente en le

en Jerusalem, son hombres que no hablan como hombres, porque no sienten como hombres y su corazón se halla inflamado de un fuego celestial.

Pero si su celo está exento de todo orgullo humano, no lo está menos de toda exaltación, de todo fanatismo. Cierta matiz sombrío, fogoso, violento y hasta sanguinario, el despecho irritado con las contradicciones, el furor ante los obstáculos, la severidad inflexible, la guerra y la venganza con el saqueo y el asesinato, si es preciso, para satisfacer los instintos brutales de un loco entusiasmo, tales son los caracteres del celo fanático: eso es lo que se ha visto en las revoluciones religiosas hechas por manos del hombre. ¿Qué necesidad hay de citar aquí nombres propios? ¿Quién no los ha leído en caracteres de fuego y de sangre en las páginas de la historia?... Por el contrario, la serenidad, la moderación, la dulzura, la caridad tierna, hasta con los enemigos jurados y los más crueles perseguidores, la alegría en las humillaciones, en las cadenas, en los sufrimientos, la mayor mesura en las palabras y en los hechos, la paciencia y la persuasión solas con la ferviente oración hasta por los verdugos, hé ahí lo que se encuentra en los apóstoles y en sus discípulos (1): ¿y en qué otra parte pudiera hallarse? ¿Ni dónde sino en ellos se podría hallar un celo semejante al suyo en su principio, en sus efectos y en su fin? El principio era divino, divino los efectos, divino el fin; y de consiguiente, el carácter debía serlo también y lo fué, como sus virtudes fueron sobrehumanas, igualmente que las de sus prosélitos.

Contémplese á los apóstoles antes de Pentecostés y se les verá orgullosos, envidiosos, egoístas: no sueñan más

que las *Actas* dicen de San Pablo en Atenas: «Su espíritu se agitaba en sí mismo á la vista de aquella ciudad entregada á la idolatría (XVII, 16).» ¿Se ha podido decir eso jamás de ningún antiguo filósofo?...

(1) *Actas*, III, IV, V, 41; VII, 59; XXVI, 29; XXXVIII, 19, 20.—*Rom.*, IX, 3.—*I, Cor.*, VII, 4.—*Philipp.*, IV.—*I, II, Timoth.*—Santiago.—*I*, San Pedro.—*II*, San Pedro.—*I*, San Juan.—*II*, San Juan.—*III*, San Juan.—San Judas.

que un Mesías temporal y un reino terrestre, cuyos primeros puestos se disputan de antemano (1). Su Maestro muere en el suplicio como un malvado, su maestro, de quien aguardaban todo lo que halagaba su esperanza ó su imaginación fascinada; pocos días después cambian todos sus deseos y aspiraciones. Son, sin embargo, los mismos judíos, á quienes tres años de lecciones y ejemplos de Jesús, dejaron enteramente carnales en sus sentimientos y en sus miras; y Pablo que se les agregó era fariseo, que es cuanto hay que decir. Si, son los mismos judíos, pero no son ya los mismos corazones. Son modestos, humildes hasta complacerse en los oprobios (2); ellos, que se escandalizaban poco antes de la pasión y muerte de su Maestro cuando éste se las predecía (3); ellos, que le habían renegado ó abandonado en medio de sus humillantes sufrimientos, aman su corona de ignominia y su cruz, y encuentran en ellas gloria y consuelo (4); son caritativos y apasionados hasta el punto de abrazar al universo entero en su ternura, y el corazón del fariseo quiere morir, mas todavía, quiere ser anatematizado por el Señor por la salvación de sus enemigos (5), y traza un retrato de la caridad digno del cielo (6); se desprenden de todo lo que naturalmente encadena á los hombres: su patria es la tierra entera; sus hermanos todos los hombres; sus riquezas las virtudes que siembran en el mundo con su palabra, y esas virtudes, de que son modelos vivos, llegan á ser una de las mayores maravillas que se hayan ofrecido nunca á las miradas de los hombres. Todo lo que era desconocido hasta entonces, todo lo que era diametralmente opuesto á las enseñanzas, á los hábitos y hasta á los ritos del politeísmo,

(1) San Mateo, XVIII, XX, 20, 24.—San Marcos, IX, 33; X, 35, 37.—San Lucas, IX, 46; XXII, 24.—*Actas*, I, 6.

(2) *Actas*, V, 41.

(3) San Mateo, XVI, 22, 23.—San Marcos, VIII, 32, 33.

(4) *Actas*, V, 41.—Santiago, I, 2.—*I*, San Pedro, III, 14; IV, 13, 14, 16.

(5) *Rom.*, IX, 3.

(6) *I, Cor.*, XIII.

la humildad, la benevolencia y la beneficencia hacia los extranjeros y enemigos como hacia los conciudadanos y amigos; la caridad llevada hasta sacrificar la vida por los demas (1); la temperancia austera; la castidad, cuyo nombre era un signo sin realidad en las costumbres paganas; todo eso practicaban los apóstoles de un modo que obligaba al silencio á sus enemigos mas encarnizados, y (¡prodigio grade!) hacian practicar todo eso donde quiera que predicaban (2). ¿Qué encanto tenian, pues, sus palabras, qué encanto capaz de abrir tantos oidos cerrados por el triple sello de la educacion, de la religion, del hábito inveterado? ¿Qué encanto bastante poderoso para resucitar á la vida moral mas magnífica á tantos corazones en plena corrupcion?... Que el corazon de los apóstoles cambiase tan pronto y pasase, no por grados y á la larga, sino súbitamente de un estado puramente humano á otro enteramente divino de virtud, es cosa que sobrepaja incontestablemente á todas las explicaciones naturales que la razon puede dar de un fenómeno. Pero que hayan llegado sin largos esfuerzos, por el solo ascendiente de su palabra, á cambiar así á sus innumerables oyentes, á arrancarlos á su añeja naturaleza para transformarlos en modelos de las virtudes mas puras y difíciles, eso es mas divino todavía, si así puede decirse, eso debia asombrar y conmovér á los paganos hasta en lo íntimo de su ser, eso debia hacerles proclamar el milagro. Y en efecto, la historia escrita á vista de ellos

(1) I, San Juan, III, 16.

(2) Véase á San Clemente, papa, *Epistola á los Corintios*.—San Justino, *primera Apología*, XIV, XVI; *A Diognetes*, núm. 5.—Atenágoras, *Apología*, II, XXXII, XXXIII, XXXIV, XXXV.—San Teófilo, *a Antoligeus*, I, III, núm. XV.—Minucio Felix, *Octavio*, XXX, XXXI, XXXII, XXXV.—Tertuliano, *Apologét.* III, XXXIX, XLIV, XLV, XLVI, XLVII; *A las naciones*, l. I, núm. 5; Orígenes, *Contra Celso*.—*Tratado de la religion*, por Bergier, t. IX y t. X.—*Curso de historia eclesiástica*, por el abate Blanc; *Historia de la Iglesia*, por Rohrbacher, t. IV, V; *Historia eclesiástica*, de Fleury, t. I.—*Costumbres de los cristianos*, por el mismo.—*Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet; *Cursus completus theolog.*, de Migne, t. III, *Appendix de primitivis christianis*.

nos reproduce las exclamaciones de los pueblos maravillados, sobre todo de la heroica caridad de los cristianos en una época en que el egoismo secaba todos los corazones: «¡ved con qué ternura se aman! ¡ved qué dispuestos se hallan á morir unos por otros (1)!...» Luego cuando Rousseau escribió respecto de los apóstoles: «De todos los milagros con que Dios honraba su fé, el mas admirable era la santidad de su vida (2),» habló como la historia, y al llamar á sus virtudes un milagro, habló como lo exigen la razon y la lógica. Pero si la santidad de los apóstoles fué un milagro, la de sus discípulos fué otro mil veces mayor, puesto que se renovó mil veces, variando hasta lo infinito en cuanto á la edad, al sexo, á la condicion, al pueblo y al clima.

Y ahora se ve cómo se estableció el cristianismo, á pesar de la elevacion de sus dogmas, de la austeridad de su moral, de la desnudez de su culto, del disfavor que acompañó á su origen y á sus primeros propagadores, á pesar de los obstáculos humanamente invencibles que tuvo que superar. Dios puso su mano en esa obra; Dios prodigó en favor suyo milagros de poder, milagros de ciencia, milagros de celo, milagros de virtud, y con eso todo se explica. Pero entonces la divinidad del cristianismo aparece con una cuádruple evidencia en las causas de su establecimiento. Saludemos, pues, con todas las potencias de nuestra alma á ese *rey pacífico* (3) de los corazones y de las inteligencias, cuya diadema refleja el brillo del poder creador; á él, como al *rey inmortal de los siglos* (4), de quien emana obediencia, amor, alabanza y gloria en nombre de la razon humana, que, libre de toda preocupacion, demuestra felizmente la divinidad de los títulos de la religion

(1) *Apologét.* de Tertuliano, núm. 39. Véase la *Biblioteca escogida de los Padres*, por Guillon, t. IV, *Consideraciones sobre los tres primeros siglos*.

(2) *Respuesta al rey de Polonia*.

(3) Isaías, IX, 6.

(4) I Timoth., I, 17.

crisiana. Porque ella es tambien hija del Altísimo, y cuando establece lógicamente los derechos divinos de la religion revelada, es una hermana que teje una corona á otra hermana querida para ofrecer un homenaje mas puro y solemne al *padre de las luces* (1), principio y garantía infalible de toda verdad natural y sobrenatural.

(1) Santiago, I, 17.

CAPITULO X.

CONFIRMACION BRILLANTE DE TODO CUANTO PRECEDE POR LOS MARTIRES.

Espectáculo único en los anales humanos es el que presenta á una mirada observadora la guerra encarnizada hecha al cristianismo desde su origen por los principes de la tierra. Proscripciones, calabozos, ó destierros peores que los calabozos, *tormentos refinados*, *suplicios crueles*, segun dicho nada sospechoso del historiador Tácito (1), muertes horribles, agonías prolongadas, mas horribles que esas mismas muertes, millares de hombres y mujeres, desde la edad mas tierna á la mas decrepita, precipitándose, por confesion de Luciano y de Juliano el Apóstata (2), á las hogueras, á los leones, á las ruedas afiladas, como si acudieran á las delicias de un festin, y bendiciendo á sus perseguidores y á sus verdugos; los verdugos mismos prosternándose de admiracion á los pies de las victimas, convertidos á su fé y sometiéndose á compartir su suerte (3); sangre, casi siempre sangre por espacio de tres siglos, y en ese rio de sangre crisiana, que bañaba el vasto suelo del imperio, *la humilde planta evangélica*, *creciendo como un árbol inmenso* (4), echando profundas raices hasta en las entrañas de la tierra, extendiendo su sombra saludable de

(1) *Anales*, lib. XV, capítulo XLIV.

(2) *Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet.

(3) *Costumbres de los cristianos*, por Fleury, XXXIII.

(4) San Marcos, IV, 31.—San Lucas, XIII, 19.